

LIBROS

Vicente Aleixandre y sus «Diálogos del conocimiento»

No es frecuente que un poeta, a sus setenta y cinco años, tras medio siglo de escribir poesía y haber alcanzado la cota máxima de la fama, no solamente no ceda a la fácil tentación de repetirse y vivir de las rentas de esa forma, sino sea capaz de renovar el tronco de su poesía y añadir a su historia



de poeta, ya larga y fecunda, una nueva y jugosa rama. Hablo de Vicente Aleixandre, que acaba de publicar en la colección poética de Plaza & Janés un libro sorprendente y novísimo, *Diálogos del conocimiento*, libro que viene a probar una vez más cómo el autor de *Sombra del Paraíso* posee el secreto de renovarse, de hacer cada vez más compleja y rica, y, por tanto, más fértil, su obra, sin traicionar nunca su espíritu y su estilo.

He acudido una tarde a Wellington, 3, en el Parque Metropolitano, donde el poeta vive y donde acoge con incansable cordialidad a sus amigos, para hacer-

le unas preguntas sobre este nuevo libro suyo, del que sólo había anticipado algunos poemas en revistas. He aquí, sin más preámbulo, mis preguntas y sus respuestas:

J. L. CANO.—Tu último libro, *Poemas de la consumación*, aparecido en mil novecientos sesenta y ocho, podía verse como una meditación sobre la existencia contemplada desde la altitud de la edad y de una honda experiencia. Seis años después publicas estos *Diálogos del conocimiento*, que nos sorprenden por su originalidad y complejidad. ¿Puede este nuevo libro tuyo situarse dentro de la misma órbita meditativa de *Poemas de la consumación* —es decir, una visión del mundo desde la vejez—, o viene a abrir una nueva perspectiva en tu obra?

V. ALEXANDRE.—

dando a sus palabras un fondo de conocimiento que sólo la larga experiencia de la vida permite.

J. L. C.—¿La técnica, nueva en tu obra, del diálogo significa acaso un intento de ahondar aún más en la complejidad y en la diversidad de la existencia, en su trasfondo último?

V. A.—La técnica del diálogo tiene el sentido de ofrecer refractada en perfiles contrastantes la realidad que se considera en ese momento. Creo que hay aquí, en este libro mío, como raíz última, una visión perspectivista del mundo. Y ocurre, además, que al coincidir en el lector el cruce de las dos perspectivas dialogantes, se produce un efecto sintético que expresa acaso esa complejidad y diversidad de que hablas.

J. L. C.—¿Hasta qué punto cada poema de tu libro es un diálogo? ¿No se trata, más bien, de monólogos paralelos, técnica que suelen usar a veces los novelistas? ¿No hay, acaso, más soledad que enfrentamiento en esas voces contrastadas de los personajes del poema?

V. A.—Desde el punto de vista de cada uno de los personajes, los diálogos son, en efecto, monólogos, soliloquios, pues el «sitio» de los diálogos es precisamente el lector. Es en el seno del lector donde los monólogos dialogan, donde se convierten en verdaderos diálogos. Se trata de un efecto de «cruce», que trae consigo, por su irracionalidad, irrisaciones o chispas significativas que se añaden al cuerpo semántico del poema con no menor necesidad que éste.

J. L. C.—Por último, la visión del mundo que refleja tu nuevo libro parece continuar una veta pesimista de tu poesía, que ya la crítica ha señalado a propósito de otros libros tuyos, como *Sombra del Paraíso* y *Poemas de la consumación*. ¿O piensas que *Diálogos del conocimiento* se aleja de esa concepción pesimista de la existencia que parecen asumir esos otros libros?

V. A.—Mi nuevo libro pretende expresar la realidad de la vida, y al decir la realidad quiero decir la verdadera realidad. Y no me parece que a la realidad se la pueda calificar con uno solo de esos nombres. La realidad es, por definición, inmensa y hasta inconmensurable. Y lo inconmensurable es... muchas cosas. La realidad resulta siempre excesiva. Es justamente lo que nos excede en muchos modos. Ante ella caben infinitas actitudes y maneras de reacción. Por eso este libro sólo podía escribirse en forma de diálogos. Cada personaje nos dice «algo» de la realidad: acaso opuesto a lo que otro afirma, pero no menos verdadero. La riqueza del mundo sólo puede decirse desde la multiplicidad. ■ **JOSE LUIS CANO.**

Personalidad y escritura en el niño

El análisis de la escritura infantil es instrumento básico para una comprensión del desarrollo y los trastornos del niño. Desde la perspectiva de la psicología moderna, el niño no es considerado ya como un adulto que carece de conocimientos y de juicio, sino como un individuo con mentalidad propia y cuyo desarrollo psicológico se rige por leyes particulares. La infancia es la etapa necesaria para la transformación del recién nacido en adulto. Cuanto más se asciende en la escala zoológica, más se prolonga la duración de la infancia. El ser humano necesita este largo período para comprender y asimilar las complejas estructuras culturales que deberá asumir.

La editorial barcelonesa Laia acaba de vender al español un interesante estudio sobre «La escritura del niño» (1), en el que convergen felizmente la más reciente pedagogía y la clínica contemporánea. Se trata del trabajo colec-

(1) J. de Ajuriaguerra, M. Auzias y A. Denner. *La escritura del niño*. Dos tomos. Editorial Laia. Barcelona.

tivo de un grupo de psiquiatras, psicólogos y pedagogos franceses, reunidos en torno del profesor Ajuriaguerra, director de la Clínica Universitaria Bel Air, de Ginebra. En su edición española, el trabajo viene repartido en dos volúmenes. En el primero de ellos se aborda el tema de la evolución de la escritura y de sus dificultades.

Los autores parten de algunos hechos básicos. La escritura es praxis y lenguaje, y sólo es posible a partir de un cierto nivel de organización de la motricidad. La escritura es una actividad convencional y codificada, es el fruto de una adquisición, que sólo es posible a partir de un cierto grado de desarrollo intelectual, motor y afectivo. Otro aspecto muy a tener en cuenta es que la escritura se mueve en el marco de la socialización, por cuanto constituye un medio de comunicación entre nosotros y el prójimo. Por eso el niño deberá responder a ciertas exigencias caligráficas impuestas por la sociedad, tales como la legibilidad y la rapidez.

Los primeros pasos en el aprendizaje de la escritura infantil son decisivos, porque cada niño se sitúa frente a la escritura con su propio modo de organización, con sus capacidades motrices, con su facultad de estructuración, de orientación y de representación verbal, ya que la escritura es una configuración ordenada que tiene un sentido.

Las consideraciones que anteceden constituyen el bagaje teórico con el que los autores abordan el análisis de la escritura desde la perspectiva del desarrollo de los trazos gráficos y de la motricidad. Esto, en el primer tomo. En el segundo, el tema es la reeducación de la escritura, pretensión que se fundamenta en las investigaciones genéticas y patológicas efectuadas en el primero.

Los desórdenes en la escritura del niño se analizan a partir de exámenes grafométricos y psicológicos, con el objetivo de evidenciar los mecanismos de la des-

organización gráfica. En la mayoría de los casos, según los autores, las dificultades de los niños no dependen de los signos gráficos en sí mismos, sino del niño que debe ejecutarlos. Modificar una mala escritura equivaldrá, pues, a modificar el comportamiento del niño dentro del marco de su personalidad. No se trata de modificar los síntomas como tales: con ello sólo se conseguiría su fijación. Es preciso cambiar el conjunto en que el síntoma está inmerso. Hasta cierto punto, el modo de escribir del niño traduce su modo de ser. Esto lo saben muy bien los grafólogos.

Cada niño tiene problemas particulares que deben enfocarse en el plano de su individualidad para el logro de una expresión libre y relajada que tenga sentido para él y para los demás. La reeducación de la escritura supone, por lo tanto, una reeducación global del niño. ■ **PEDRO FERNAUD.**

Los polemistas de Nueva España

Nunca en la Historia una conquista levantó tanto escrupulo y angustia como la de América por los españoles. Ningún otro Imperio se planteó unas bases legalistas tan severas de su propia razón. El drama de la justificación histórica de su gran aventura en tierras americanas lo inician los propios hispanos. Aunque no hubiera otros méritos en la conquista, ese intento de una gran parte del pensamiento español de la época para colocarse en la «visión de los vencidos» es algo tan insólito, que no hay leyenda negra o blanca que lo anule.

El obispo Las Casas no fue una voz aislada, sino el representante de una abundante tradición humanista española. En su misma línea están Montesinos, Domingo de Soto, Melchor Cano, Nebrija, Hurtado de Mendoza, Luis Vives, Huarte, Servet, Bernardino de Sahagún y otros muchos.